

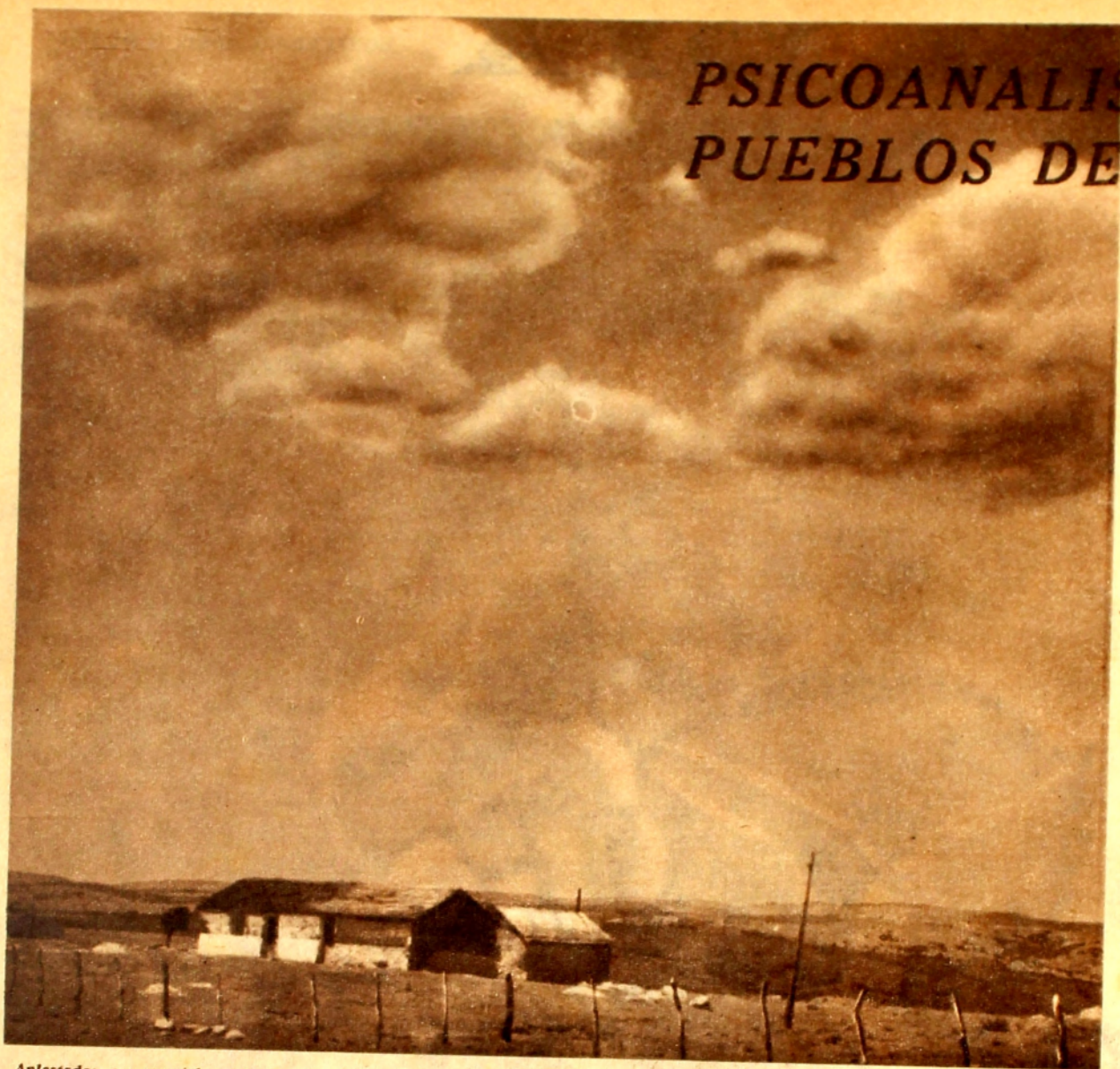


SEMANA CRIOLLA.

(Fotografía Juan Caruso)

Es ya tradicional esta viril fiesta gaucha que todos los años, y desde hace algunos, se viene realizando durante la Semana de Turismo en el ruedo de la Sociedad Rural del Prado, congregando cada vez mayor cantidad de público, y dando oportunidad a que, marginando el espectáculo principal de la doma, se ejecuten cantos y bailes populares.

PSICOANALISIS DE LOS PUEBLOS DE CAMPAÑA



Aplastados por un cielo vengativo los últimos ranchos del pueblo se enfrentan con el silencio irremediable y la definitiva soledad.

PARA conocer bien el país natal no hay como viajar por el mundo. La temporal proscripción impuesta por el viaje remueve la sensibilidad y aguja la inteligencia, suscita nostalgias constructivas, enseña a querer el terruño y a comprender sus defectos y virtudes.

Fue en el extranjero donde nació la vocación sociológica de Gilberto Freyre, el gran ensayista brasileño.

Fue también a mi paso de barojiano "hombre humilde y errante" por las aldeas y campos europeos que advertí, como a la luz de un relámpago, el lacerado signo de nuestros pueblecitos rurales.

Iba yo por la campiña toscana, costean-do el río Arno, entre árboles sombríos y plateados. Una armonía preestablecida, de mónada leibniziana, ordenaba el paisaje. Todo estaba en su lugar: los olivos venerables, los cipreses agudos, los caminos antiguos, las viviendas patinadas por los años y por el sol.

El canto de los pájaros descendía sobre los trabajos de los hombres; el humo de los caseríos levantaba sobre los sembrados sus torrecillas azules. Una invisible secuencia unía con un hilo de eternidades el legado de Etruria y de Roma a las primicias otoñales de la Italia contemporánea. Temblaba el tiempo como una estrella carnal sobre aquellos campos aporcelanados, pulidos, simétricos, que destilaban, sin embargo, un casi humano rezumo de espontaneidad y gracia como no he visto en ningún otro rincón del Viejo Mundo.

Y coronando las colinas, al pie mismo de los cielos, a la vera florida de los huertos, brotaban las aldeas, las poblaciones, los ramilletes de viviendas, las pléyades arquitectónicas. Estaban donde debían estar: coherentes, orgánicas y organizadas, confirmadas por el paisaje, vivificadas por la sangre de gentes sencillas y eficientes, de seres autárquicos y empíricos, de parianos hermanados por una misión y una tradición.

Bien sabía yo que no todo era allí eglógico. Se escondían bajo los techos centenarios, como en todos los sitios habitados por la atormentada criatura de Jehová, miserias, explotaciones del semejante, egoísmos, desmesuras, descontentos, mentiras y crueldades. Pero no era con juicios de valor ético que yo sopesaba el panorama sino que lo contemplaba con espíritu geográfico, con fruición estructural. Existía un equilibrio evidente entre la obra cósmica y la obra antropológica; los hombres estaban asentados en sus verdaderos centros económicos y sociales, en sus arrecifes exactos, en sus puntos de apoyo necesarios.

Entonces cerré los ojos y mientras el ferrocarril bordeaba la ribera del río toscano, contemplé con las pupilas del alma a los pueblos uruguayos cercados por la soledad, desamparados en los potreros planetarios, enquistados en un horizonte monótono, aplastados por un cielo vengativo. Y volví a ver sus calles polvorientas,

andariveles del viento desnudo y la lluvia tediosa; sus veredas cubiertas por lamparones de musgo y cebaduras de mate ahito; sus casonas descascaradas, enseñando bajo las encías de la cal las cariadas sonrisas del ladrillo; sus plazas sin flores, sus cementerios ruinosos, sus comisarias malolientes, sus prostibulos lúgubres. Volví a sorprender los mismos fatigados rictus en los mismos y repetidos rostros humanos, en los mismos labios burlones, en las mismas cejas agresivas, en las mismas mejillas resacas; volví a penetrar en los oscuros almacenes de "ramos generales", con olor a oveja, a creolina, a humedad; volví a conversar con la maestra derrotada, con el médico estoico, con el caudillo venal, con el remendón borracho, con el cura quejumbroso.

Y sin quererlo sentí un cariño doliente por los pobres olvidados pueblos de mi patria, por sus esperanzas lisiadas, por sus civilizaciones detenidas, por sus energías marchitas.

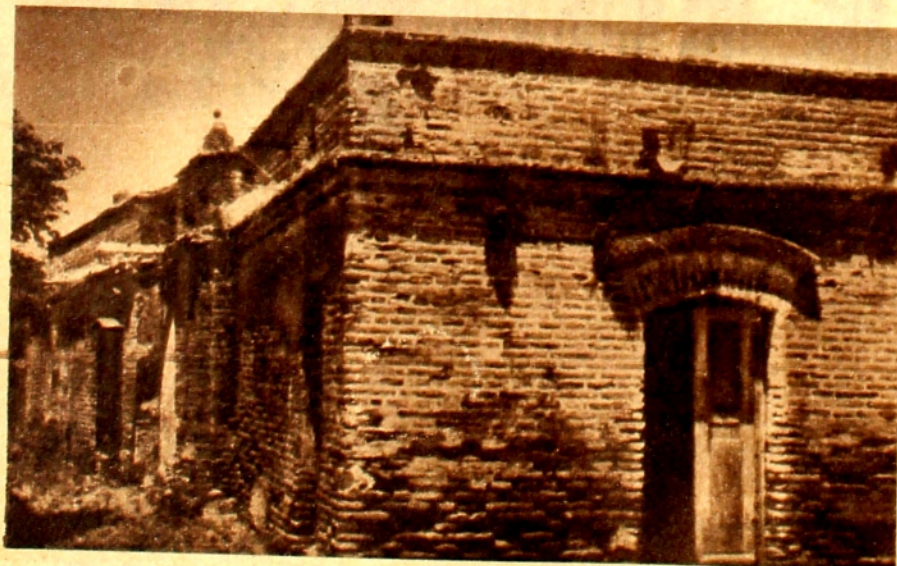
Pensé contar algún día la historia de nuestros pueblos camoesinos, describir su morfología híbrida, exhumar sus tipos humanos, hablar de sus mañanas abortas, de sus tardes pesarasas, de sus crepúsculos taciturnos, de sus noches nirománticas, tan bien captadas por Martínez Estrada.

Dice, en efecto, el autor de la *Radio-grafía de la Pampa*, que "la noche es la hora adecuada de esos pueblos silenciosos, entredormidos, saturados de tuiuria, codicia y rencor". "Las luces de las casas y de los lejanos ranchos brillan como estrellas, a distancias telescópicas. Más lejanos que esas luces se oyen silbidos de animales inexistentes y misteriosos: sonidos finos y sutiles que embebe el tímpano como una droga soporífera. La llanura que de día pareció no existir recobra de noche una vida lejana, atenuada, persuasiva. Se puebla y se enriquece y cuesta trabajo no creer en las almas en pena. Esas voces hionóticas son las voces de la sombra y el sueño que invitan a dormir y a morir. Son los equivalentes de los crujidos nocturnos de los muebles, con que nos ponemos en contacto con fuerzas desconocidas del mundo; pero mucho más delicadas, infinitamente más penetrantes y que apenas dan miedo. Deleita escucharlas sin que se quiebren en el oído, recogiendo con toda la fuerza con que las emite la soledad, que mediante ellas adquiere su sentido perfecto.

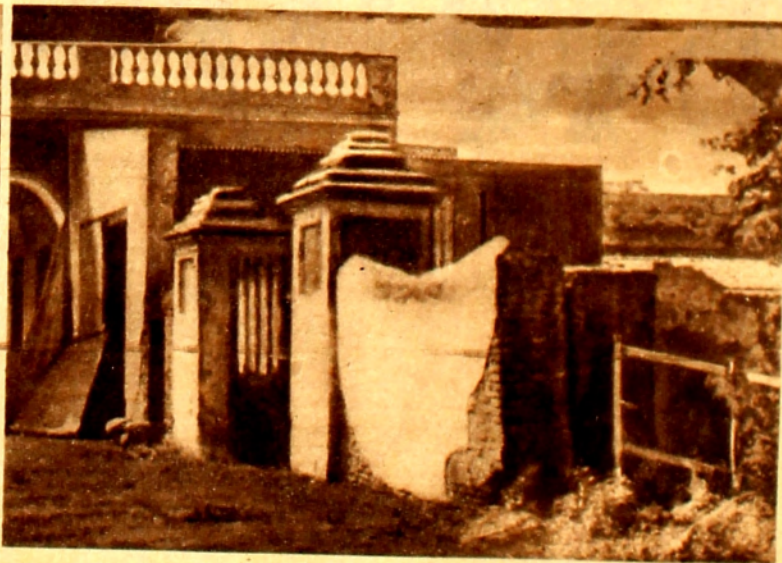
Este miedo de la noche queda oreado a las casas al amanecer. Lo que tienen de tristes y hostiles se comanda recordando que el día es un paréntesis de la noche, el descanso de la fecunda noche."

Lo que va a leerse es el amargo tributo que rindo a la nocturnidad de esos pueblos; de esos pueblos que conozco mucho por haber respirado la pesada atmósfera de sus bodegas morales, por haber vivido en sus microcosmos corrosivos de petulan- cia, envidia y desolación.

Hay en nuestro país dos especies de pueblos rurales. Unos, los del sur, son las sucursales demográficas de Montevideo, la



Casonas coloniales enseñan bajo las encías de la cal las cariadas sonrisas del ladrillo.



Abandono, polvo, ruina, viejos corralones tediosos, yuyos empecinados: he aquí la cotidiana imagen del cansancio, el permanente signo de la desolación.

olución de los problemas de la vivienda y del aire sucio. Están en permanente contacto con la capital; poseen buenos caminos de diástole y de sístole; sus pobladores —casi todos "abonados" al ómnibus o al motocar— disfrutan de variados y abundantes medios de transporte. Toledo, La Paz, El Sauce, Santa Rosa, Libertad y otros muchos pueblos y villas meridionales forman de este modo la diadema suburbana o *rurbera*, para emplear un término de cuño yanqui, de la gran ciudad.

Otros los del norte, los del centro, los del este, configuran un tipo distinto.

No son más el campo puro aunque el campo los circunde. No son los remanentes ni los remedos de la ciudad aunque en algunas de sus instituciones y faunas administrativas se vislumbren signos cabalísticos de la ciudad lejana.

Están a mitad de camino entre el silencio de los pastizales y el clamor colectivo de los hombres y máquinas que día logan en la urbe.

Han perdido la inocencia natural de las cuchillas sin alcanzar la perversa dialéctica de la inteligencia cultivada. No viven casi; resuelan como toros moribundos; duermen como oscuros lirones, con breves pausas de vigilia; abren a veces tamaños ojos de buho, entre dos períodos de sueño.

Están al margen, en la periferia de las cosas. El ferrocarril, cuando lo hay, los sobrecoge de tarde en tarde con su estrepito de hierro, concita turbas endominadas en las mágicas estaciones, los ilumina con gavillas de chispas, y luego parte, inevitablemente, hacia las ciudades fabulosas.

Pero lo común es que sólo cuenten con caminos enlodados en invierno y sedientos en verano, que los suturan —débiles puntos suspensivos— a las capitales del interior.

Las vías de comunicación no restañan su soledad infinita. Esos pueblos son boledas sin tiento perdidas en la vasta penillanura; son rescoldos recalcitrantes de una hoguera abortada; son voces que se estiran en las sombras, como el llanto gangoso de un acordeón.

Dirías, al ver sus casas sórdidas, sus calles desaparejas, sus corralones llenos de moscas verdes, sus baldíos indolentes, que cejaron en su intento edificatorio antes de haber llegado a la meta procurada; que son niños envejecidos antes de crecer; que son ancianos pueriles.

Nacieron al calor de una estación, en el cruce de dos sendas, alrededor de un boliche, junto a una capilla, a veces por decreto del "Superior Gobierno", otras, en los límites de un obstáculo: la frontera, un río, el fin de la jornada de las carretas.

Pero no surgieron de adentro para afuera como la aldea europea, que constituye un núcleo humanizado con protoplasma agrario y pseudopodios viales. Cayeron en sus emplazamientos como polvo de otro mundo, como borras del viento y la distancia. Son de carácter centripeto, residual. Recogen las escorias humanas del campo, a los que ya no le tienen cariño al pago agreste, a los que carecen de la audacia necesaria para lanzarse al torbellino de la gran ciudad. Y la gran ciudad también los abastece con dos surtes de hombres: los fracasados, tipos que comparte con el campo, y los apóstoles, productos netamente urbanos.

El fracasado no puede salir del sumidero. Advino maldiciendo al terruño avaro y al te rateniente doloso, o se desplomó de la urbe, como el Mujiquita descrito en "Doña Bárbara" por Rómulo Gallegos. El ambiente del pueblo lo retiene y aprisiona, lo envuelve con su chato oficio de embotamiento, de maledicencia, de comadreo, de alcohol.

El apóstol, en cambio, viene por su voluntad.

Ya es la maestría llena de ilusiones aparecida una mañana de sol tranquilo, amplía la sonrisa y tímido el gesto, que debe lidiar de inmediato contra la lengua de las solteronas apostadas tras las persianas, contra el funcionario público libidinoso e insinuante, contra el almacenero violento y soez, contra el alumno de bigote incipiente y ojos faunescos, contra el vecindario rudo y cicatero.

Ya es el médico evangélico que desestima la especialización tarifada de Montevideo y busca en las reglas hipocráticas del aire puro y la caridad ardiente la verdad olvidada por los colegas que operan en los bolsillos antes que en las vísceras.

Ya es el simple mortal que cree en la serenidad aldeana, en las virtudes simples de la *aurea mediocritas* y se viene con su hato de sueños a celebrar su última cena entre once lúdas y un solo varón iusto.

A casi todos estos apóstoles los devora la ciénaga; el virus de la indolencia los

infecta, los gangrena, y, finalmente, los entierra en la fosa común. La masa amorfa prima sobre los individuos egregios; la vulgaridad los cubre con sus pinceladas de brocha gorda, de pasión espesa, de sebo letal. Las almas recias aguantan hasta el fin: perecen o emigran. Pero los débiles pierden la batalla; a veces por resistir en castillos interiores se fosilizan y oxidan; otras, por llevar los cántaros a la fuente, se disgregan y evaporan.

Evaporación, ésta es la palabra. El pueblo es una charca mefítica que se evapora de continuo. La costra del salitre señala los niveles descendientes, las sales se adensan, las aguas se endurecen, los corazones se encogen como frutos sin riego.

Cada pueblito tiene su clase aristocrática —funcionarios, comerciantes fuertes, hacendados, profesionales— que vive en el casco urbano y concurre al Centro Social; otra clase, imprecisa, fluctuante, crepuscular, amotina a los artesanos menudos, a los chacareros alcañanes y a los jornaleros fijos para fundar un anticentro, un club democrático y deportivo y, como cauda trágica, existe una plébe radicada en el suburbio, en el inevitable ranchario de mate y taba, de boliche y bailongo, de compadrazgo y truhanería.

Los elementos masculinos de la clase "alta" hacen escapadas furtivas al primer proletario donde una sabrosa doncellez se demora o donde una celestina organiza loterías de cartones o faldas. Todos los muchachos, en el turno iniciático de los quince años, conocen los ritos secretos de la "casa mala", del lenocinio embozado en el bajo, sede de las luces rojas, de las guitarras turbias, de la carne triste.

Tras las persnerías jurídicas se esconden las timbas clandestinas y las calaveras rufianescas. No hay nada que no se sepa o no se crea saber; en las tertulias de gente aburrida —siempre la misma gente, siempre el mismo aburrimiento— se despluman las reputaciones como si fueran pardices y apodos llenos de ponzoña califican a la matrona dadvoca, al marido infiel, al efebo reincidente, a la virgen simulada.

Las relaciones se anudan o se desatan formando constelaciones inestables: amigos ayer, enemigos hoy, amigos nuevamente mañana. Y son las mujeres las que offician de sacerdotisas en este juego de agasajos y desaires, en esta tómbola de afectos y desafectos.

Lo que se hace en un extremo del pueblo repercute en el otro; la bondad y el altruismo no interesan; sólo se saludan con alborozo los tropiezos, las riñas, las enfermedades y los velorios, las caídas de los mirlos blancos en la picota pública.

Todo es pequeño, mezquino, oblicuo. Todos se conocen o suponen conocerse demasiado. Todo surede con desesperante ritmo de pantalla lenta, de novela de Marcel Proust.

En cada pueblo hay un loco, un dramaturgo fallido que lee a Florencio Sánchez, un iluso que funda un periódico "para bien" son infaltables el agitador finisecular que atruena con las consignas de Kropotkin, la ninfomana obsecuente, el Don Juan melenudo. Estos son los inadaptados, los revolucionarios, las ovejas negras que practican a la vista y paciencia de la pa-



Tras la plaza abandonada, llena de hierbas y melancolía, una iglesia —la inagotable y vetusta iglesia— levanta su índice de Bautista rural.

rra lo que en el mundo subterráneo de la misma se admite o tolera.

En cambio nadie se asombra de las extorsiones de los caciques, de la niña analfabeta, del hambre que consume al pobre, de los comisarios coimeros, de los comerciantes que chupan la sangre a las familias menesterosas alquilándoles tugurios en el cinturón de latas y pulgas que circunvala al pueblo.

¿Cómo sacar a estas comunidades de la postración en que vegetan? ¿Cómo elevar su punto de mira moral, cómo sanear sus aguas corrompidas?

Uno de los remedios es el de la educación: más escuelas, más y mejores maestros, más liceos, más institutos agrarios. Otro es el de la comunicación: más carreteras y caminos decorosos, más noticias e instrumentos técnicos de la ciudad.

El último, el más importante, es el de la justicia social: reinstalar a los pueblos mal ubicados; fraccionar la gran propiedad; crear huertas familiares; otorgar créditos a los pequeños productores; fomentar

el espíritu cooperativo; terminar con los acaparadores e intermediarios; construir adecuadas viviendas económicas; castigar a los funcionarios rapaces; luchar contra el juego, el alcoholismo y la prostitución; descongestionar económica y demográfica-mente la gran capital; reducir la burocracia; instituir un servicio profesional obligatorio para la campaña; enseñar a vivir y a convivir.

Pero este capítulo está en manos de los gobernantes. Yo, que sólo soy un escritor y un testigo, me limito a describir y a interpretar, a pedir justicia y a despertar conciencias.

Y mientras tanto, patria adentro, los pequeños pueblos sin historia padecen y esperan una quimérica redención. O tal vez no esperan nada: indiferentes, amodorrados, encañecidos por el sol de bruces sobre la madre tierra, siembran a los cuatro vientos la ceniza banal de su destino.

Daniel D. VIDART.

(Especial para EL DIA).



En la guitarra de la siesta bordonean los dedos del sol. Y la careta lenta entra en el pueblo lento, aletargado, cegado por la luz, ensordecido por la tierra.



La primera ceremonia de "El Día de la Plantación de los Árboles", efectuada por la Junta Honoraria Forestal en el Parque Batlle y Ordóñez en 1948, con asistencia de la autoridad escolar. La fotografía reproduce el momento de plantar el ibirapitá de Artigas.

HA excedido el medio siglo (fue en 1900), desde que se realizó en Montevideo, por primera vez, lo que ha seguido llamándose "La Fiesta del Arbol". En el Parque Rodó (entonces se decía Parque Urbano) hizo la animada ceremonia, a la que se quiso dar —¡oh, ingenuidad de la época!— contornos alegóricos grandiosos, que ahora nos parecen simplemente cómicos, vana teatralidad. Para ello se recurrió a los niños de las escuelas, muchos de los cuales iban en aparatosas carrozas, caracterizados de angelitos.

Empezar a moverse las criaturas en el parque, bajo la dirección del Jefe de paseos y los maestros, y descolgarse de las pesadas nubes que entoldaban el cielo la más agresiva catarata, fue todo uno. La gente quedó hecha una sopa. Las alas de cartón de los angelitos se deshicieron. Hubo luego resfrios a granel, congestiones, algunas pulmonías...

De entonces arranca la resistencia de las autoridades, a movilizar grandes masas escolares en éstos y otros acontecimientos. Las restricciones se hicieron más severas cada vez. De ahí que actualmente no vayan sino delegaciones de las escuelas a fiestas patrióticas y simbólicas. Delegaciones formadas por niños de 5º y 6º año principalmente. Es decir, por niños ya crecidos, camino de la adolescencia.

Figuramos entre los que organizan de continuo, como actos aleccionantes, fiestas de árboles. Y creemos que si esas ceremonias no existieran, habría que idearlas sólo para que tuvieran intervención los escolares. Los escolares mayorcitos, claro está.

La transformación de la vieja "Comisión del Arbol" en Junta Honoraria Forestal data de pocos años. Aquella siguió la tradición de realizar la "Fiesta del Arbol", a la entrada de la primavera. La Junta Honoraria Forestal reactualizó lo que tenía mayor antecedente: un decreto que de puro viejo había caído en desuso: el que ordena a la ceremonia de "El Día de la Plantación de los Árboles", que es diferente de la "Fiesta del Arbol", como en seguida vamos a ver.

"La Fiesta del Arbol" en 1948, con las alumnas del Instituto Normal, integrantes del Coro de la Universidad del Trabajo, etc., congregadas junto al Monumento al Maestro, que se halla en un hermoso lugar del Parque Batlle y Ordóñez.



LOS 18 ARBOLES DE ARTIGAS

Como valor efectivo para la acción, la ceremonia de la "Fiesta del Arbol" nada soporta, pues ya finalizando setiembre, cuando entra la primavera, ha concluido la época de plantar.

En esto finca el mayor acierto de la Junta Honoraria Forestal: en haber traído el acto de "El Día de la Plantación de los Árboles" al 18 de mayo, aniversario de la Batalla de las Piedras. De modo que la ceremonia, a tal altura del año, es como una oportuna clarinada. A la que sigue este aviso, que va implícitamente en los sueltos que acoge la prensa, y que envía, en frase comprometida, a las radios, la Junta Honoraria Forestal:

—¡Ciudadanos: ha llegado la época de plantar!

Vendrá luego, en setiembre, con la entrada de la primavera, la "Fiesta del Arbol", que aquí en Montevideo se tiene el tino de celebrar en un parque frecuentado. Será ella una especie de glorificación de aquello que, después del sol, del aire y del agua, más utilidad le presta al hombre: el árbol.

¡Cuán distinta la "Fiesta del Arbol" del acto del 18 de mayo! Este es dinámico. Exhortación y lección. Vale la pena que lo presencien, con los niños de las escuelas y alumnos liceales, los mayores en general. El otro acto, el de la "Fiesta del Arbol", es ya extático, de exaltación. Allí se habla de poner árboles y más árboles en la tierra. Y se enseña a plantarlos. En la "Fiesta del Arbol" se incuba el amor a todo lo que se ha plantado. Y a fe que hace falta esa enseñanza aquí, donde se ha destruido, con la mayor incompreensión, y con verdadera saña, la mayor parte de la riqueza forestal aborigen. Sin contar los arbolitos destrozados de calles y paseos con la inconsciencia de grandes y chicos. Y los montes artificiales volteados con el hacha prematuramente por la avidez de dinero de los dueños.

Ahora bien: al fijarle fecha al "Día de

la Plantación de los Árboles" no se eligió el 18 de mayo simplemente porque por esa altura del mes empieza la verdadera época de hacer silvicultura en gran escala, dado que es cuando se produce la paralización de la savia, acusada por la caída del follaje en las variedades de hoja caduca.

Se contempló la efemerides, se tuvo en cuenta el aniversario de la Batalla de las Piedras. De ese modo se mataban dos pájaros de un tiro, como vulgarmente se dice. Estaba el festejo en sí. La conmemoración. ¿Qué mejor modo de honrar al vencedor de Posadas que poniendo árboles en el territorio que él y sus valientes regaron con su sangre?... Y dio principio así lo que debe convertirse en tradicional, no sólo aquí, sino que en todos los lugares de la República donde haya un predio comunal o un terreno del Estado: de la escuela pública y el liceo, del hospital, del cuartel de la Universidad del Trabajo... Aunque sea el potrero de la comisaría. Incluso en los campos privados. A esto es a lo que debe irse.

A que algunas de las autoridades —municipales, escolares, liceales, militares— o un conjunto de vecinos, con la autorización

correspondiente, vayan allí donde se puedan plantar 18 arbolitos y los pongan en una ceremonia que, por sencilla que sea, siempre va a resultar fervorosa, si se piensa que se va poniendo un álamo, una acacia, un fresno, un pino o un eucalipto —lo que fuere— por cada día del mes de mayo hasta que Artigas obtuvo el triunfo de la Batalla de las Piedras. Al particular nadie lo priva de hacer esto en su campo.

En Montevideo suele incluirse entre los 18 árboles, un árbol con significado excepcional: el ibirapitá. (Que no en todos los lugares de la República se adapta bien, como que proviene de un clima templado). El ibirapitá, que por lo general se ha venido multiplicando aquí por medio de semillas especiales, que solían obtenerse en el árbol mismo —gigantesco y venerable— que cobijara a Artigas en el Paraguay.

A nadie como a Artigas es tan adecuado honrar plantando árboles. Porque Artigas fue también visionario en esto de tomar los que. Gestor alguno de la nacionalidad reclamó con la avidez de él árboles para enriquecer —y hermoear— el territorio sacado a sangre y fuego a los invasores. A este respecto, sus reclamos, desde Purificación, constituyen otro antecedente que contribuye a hermoear la figura civil del Padre de la Patria.

Es tan grave el problema de la falta de árboles en el Uruguay, que ha de apelarse a todos los medios —aun a los ingeniosos como éste— para salir de esta tremenda crisis en que nos encontramos. Con 25 millones de pesos no se pagan hoy las importaciones de madera y derivados que fuera necesario realizar si no se ha de sentir trabado nuestro progreso.

No se crea que en los derivados entra la importación de papel. Esa es una importación —también millonaria— aparte. Por derivados ha de entenderse aquí la trementina, la resina, el tanino y otros productos con aplicación en la industria y

hasta en la farmacopea. Es de buen sentido, pues, pensar en los árboles como negocio. ¡Y qué negocio, en un mundo cambiante, donde cada día que pasa la moneda disminuye su valor! Ahorremos, pero con el dinero depositado hace 15 ó 20 años vamos a adquirir hoy la cuarta parte de lo que se nos habría dado de gastarlo en el momento que elegimos para depositarlo. Esto es de una evidencia elocuente. Y dramática. En cambio si hace 15 ó 20 años hubiésemos adquirido un terreno barato y le hubiéramos puesto árboles, con el cielo, el suelo, el aire y el agua trabajando a favor de nuestra plantación, ¿qué suma de dinero no nos habrían generado aquellos?...

Esto en lo económico. Y en lo personal. Pero luego está lo social: el beneficio salutar de las arboledas; lo estético: la belleza de los campos arbolados que hacen también terapia; y lo fundamentalmente patriótico, no económico, que ya fue tratado, sino climático: el día que el Uruguay tenga árboles que representen algo así como la forestación de la cuarta parte de su territorio, la oscilante meteorología, que tanto trastorna distintos órdenes de la vida nacional, habrá cambiado.

Y esto dicho, se ha de convenir en que se impone la difusión, en toda la República, del acto del "Día de la Plantación de los Árboles". Porque lo de poner 18 árboles de Artigas en la tierra, el 18 de mayo, cosa que inició en 1948 la Junta Honoraria Forestal, no sólo lo puede hacer ella, sino que las autoridades del Aeropuerto de Carrasco, ponemos como ejemplo de lugar donde faltan árboles, y las autoridades de instrucción primaria y secundaria por cuantas escuelas y liceos tienen con terrenos, y los jefes militares y de policía, donde quiera que haya un espacio arbolable, y los dueños de balnearios, que se están extendiendo por toda la costa, y los dirigentes de centros sociales, gremiales y recreativos, que han obtenido terrenos por aquí y por allá... 18 arbolitos, puestos el 18 de mayo en cientos de lugares de la metrópoli y de los departamentos, en esa forma, ¿qué suma de árboles no va a arrojar cuando llegue ese año 2000, que ha tomado como meta silvícola, bella y avisadamente, la Junta Honoraria Forestal?...

Pero si esas plantaciones se hacen con sentido botánico —cosa bien fácil de lograr dando intervención a los agrónomos y plantadores experimentados que hay actualmente por todos los departamentos— habremos conseguido enseñar a las gentes (y por eso nuestro interés en que se convoken niños de la escuela) una de las tareas más nobles que le son permitidas al hombre. Qué como decía Dante, quien plantó un árbol no ha pasado en vano por la vida. Imposible va a sernos ensanchar el área de nuestro territorio, a menos que hagamos una guerra de conquista. Pero si prodigamos los árboles en este suelo que tenemos, la patria se habrá agrandado verticalmente.

Y estará el Uruguay más cerca del sol benéfico y de esa bóveda azul que tanto nos protege.

Vicente A. SALAVERRI.
(Especial para EL DÍA).

Delante de la coposa tupa, se ve un pequeño roble plantado a Artigas en 1950, en la que fue solemne ceremonia, recordando el centenario de la muerte del prócer.



SE INSTALARA
EN EL BAÑADO
CARRASCO

EL EQUIPO RECEPTOR DE LA ESTACION CERRITO

CON el proyecto de instalar el equipo receptor de la Estación Radiotelegráfica "Cerrito" en el Bañado de Carrasco, esa zona limítrofe a la capital, que paulatinamente se va recuperando para el usufructo útil, cobra nuevamente actualidad.

Es conocida la labor de reforestación y desecación realizada por la Dirección de Parques Nacionales del Ministerio de Obras Públicas, en la parte del bañado lindera al Parque Roosevelt y su plan de gran envergadura conducente al aprovechamiento total.

Ahora se propone la Dirección de Transmisiones construir, en un polígono cercano a las desembocaduras de los arroyos Manga y Chacarita, las torres de recepción radioeléctrica.

Muy simples fueron las razones que impusieron el lugar: su topografía plana, la baja altura sobre nivel del mar, su característica pantanosa y húmeda, la ausencia de caminos y líneas eléctricas de alta tensión, cualidades todas que la declaran apta para tal fin. Se ha buscado también una parte que no fuera cruzada por los canales de vuelo del Aeropuerto contiguo y cuyo acceso por tierra firme fuera relativamente fácil.

Además, la erección de las antenas no implica un impedimento al plan de reforestación estructurado.

De cristalizar esta iniciativa, se dotaría a la Estación "Cerrito" de una planta radio-receptora en concordancia con el tránsito internacional que está obligada a cursar.

Elejido el lugar, por decreto de fecha 6 de mayo de 1953, el Ministerio de Obras Públicas otorga al Servicio de Transmisiones el usufructo de 100 hectáreas, encomendándose a la Dirección de Topografía (MOP) la tarea de deslindarlas.

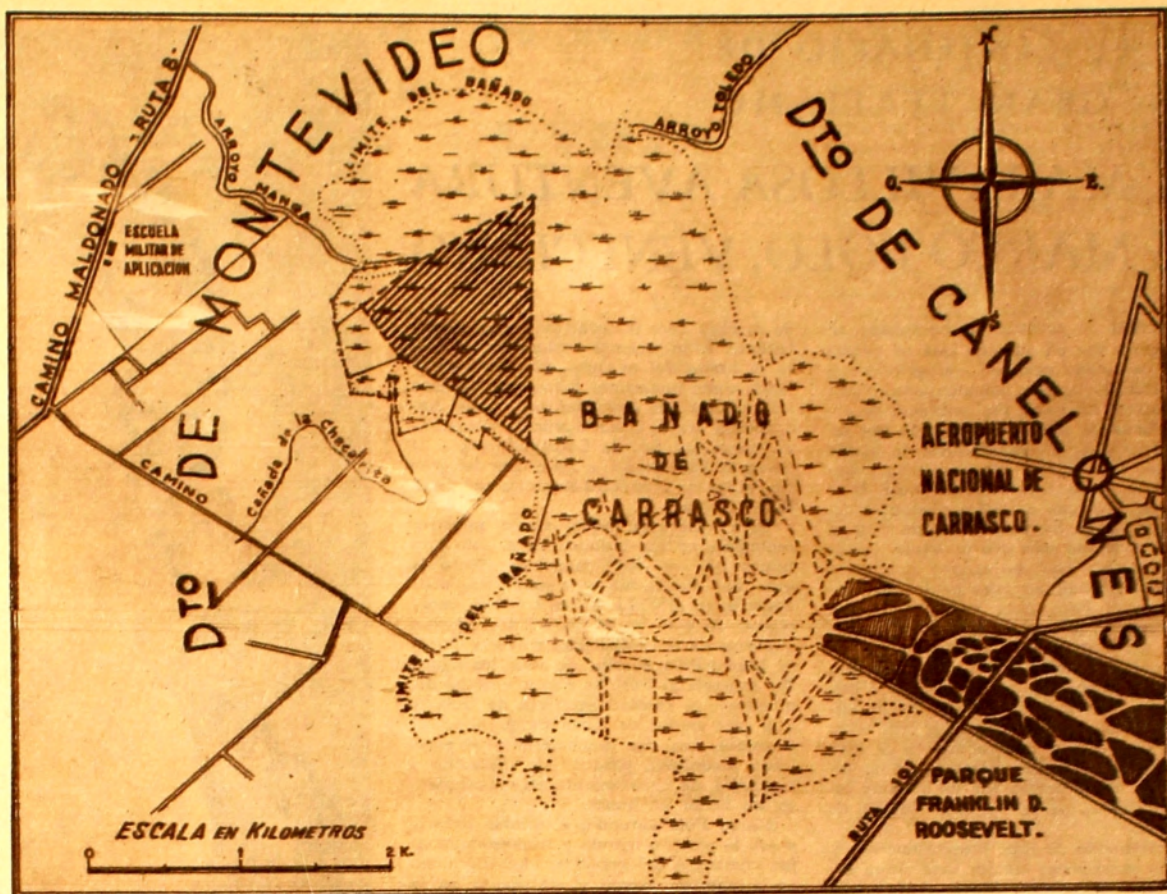
El Bañado de Carrasco es propiedad fiscal, mejor dicho "realengo". Consideraban los españoles que era el Rey quien

vendía o donaba las tierras de América, y naturalmente, por estériles, los arenales y bañados, no entraban en las transacciones. A medida que subió el valor de la tierra, fueron adquiridas esas zonas. El Bañado de Carrasco fue denunciado para comprarlo, en 1915. El Juez de Hacienda en su oportunidad lo declaró "fiscal y baldío".

Durante el siglo pasado, los agrimensores Jones, Quincke, Bonino y otros, al mensurar los campos particulares linderos, determinaron la orilla del bañado. En vista de lo delicado de la operación, no sólo en el orden legal sino también por las dificultades prácticas que la misma naturaleza del terreno presenta, el Director de Topografía Agrim. José Pedro Astizarraga encomendó a los Agra. Alberto J. Raffo y Herbert Oddone, esta tarea. Se debió estudiar, además de todos los antecedentes ya reseñados, las mensuras judiciales y estudios administrativos de Rodríguez Mujica y Croce, y buscar muchos de sus puntos, para poder así determinar dentro del bañado, libre de toda reclamación particular, el área solicitada.

Todas las mensuras anteriores orillaron el bañado, pero ahora hubo que entrar con líneas de 900 y 1600 metros, abriendo picadas entre la paja brava de casi 3 metros de alto, cruzando lagunones con medio metro de agua y sorteando sangradores en la mejor forma posible, y todo ello, sobre un subsuelo tan poco consistente que los rieles de 4 metros utilizados como mojones se enterraron totalmente por la sola acción de su propio peso.

¿Qué queda a la vista del profano sobre el trabajo del agrimensor, de las dificultades prácticas que presenta a veces el terreno, de su compulsa de títulos, planos, informes y antecedentes? Muy poco o nada, porque todo se reduce a mojones enterrados y a telas dibujadas. Pero esa labor que realiza, midiendo cotidianamente por fértiles praderas o húmedos bañados, por abruptas serranías o asoleados médanos, encierra un concepto esencialmente humano y democrático, ya que cada mojón colocado fija el término de un derecho propio y el comienzo del derecho de los demás.



Carta de la zona. La parte rayada es en la que se realizan los trabajos para la instalación de las torres receptoras de la Est. Cerrito.



El cieno va absorbiendo lentamente al guión, hundido ya hasta las rodillas a los pocos instantes.



Y cuando no es en el barro líquido, los trabajos deben realizarse entre la maraña de paja brava y cortante.



El equipo demarcador realiza su trabajo metido en el tembladeral, que los va hundiendo.

EN EL CENTENARIO DE
UN GRAN ITALIANO

LA MARAVILLOSA AVENTURA DE MARCO POLO, VENECIANO

¿QUIEN de nosotros no ha soñado alguna vez en su vida que se evadía de la realidad cotidiana, refugiándose e internándose en otro mundo jamás visto, centelleante de luces, deslumbrante de colores, lleno de saliduría, habitado por seres misteriosos y desconocidos, de afable cortesía, valor épico, superior refinamiento, y rico, con tesoros indecibles? Para nosotros, hombres de estos desconsoladores tiempos de hierro, sin imaginación ni poesía, todo eso más que un sueño (y los sueños, sueños son) no es sino el efímero recuerdo de cualquier cosa naufragada para siempre. Pero para los hombres del Medioevo, y particularmente para los italianos, gente inquieta y aventurera que de la respectiva ciudad marinera y guerrera se desparataban en multitudes por el vasto mundo en busca de gloria y de lo desconocido, ese sueño significaba otra cosa: era la ansiedad, el presentimiento de otro mundo, una vaga idea florecida de las leyendas, y de la percepción de los muy estrechos límites de la reducida Europa de entonces.

Precisamente de esos presentimientos y de esas sensaciones surgió, hace ahora setecientos años, la maravillosa aventura que jamás un hombre blanco hubiera realizado, antes de los hazañosos viajes de Cristóbal Colón. Un joven de quince años, nacido y criado entre los canales e islas de Venecia — ciudad formada de agua, de palacios, y de fantasía, como un milagro y desmesurado nenúfar — escuchaba en el año 1269 las fascinantes narraciones de dos mercaderes vueltos a su patria luego

de muchos años transcurridos en el lejano Oriente. Eran visiones deslumbrantes hasta el límite del ensueño, fábulas maravillosas como llameantes rayos que iluminan las sombras que envolvían un mundo desconocido, era la crónica sencilla y extraña de viajes sin fin; de Constantinopla a la tierra de los tártaros, a las orillas del gran río Volga, y a la soberbia corte del Gran Khan Kublai...

Vivir realmente aquel sueño, penetrar realmente en ese mundo, fue el solo propósito que en todo momento alentó la vida del muchacho; y cuando dos años después, en el 1271, los mercaderes venecianos Niccoló y Mateo Polo, dejaron nuevamente la ciudad para volver a Oriente, Marco Polo, sobrino de ellos, los siguió. De Armenia al Irán, de Pamir — techo del mundo — al desierto de Gobi, y a la gran ciudad de Khan Balig (la actual Pechino). Los dos mercaderes y el extasiado jovenzuelo pasaban de maravilla a maravilla, de conocimiento en conocimiento, de honor en honor.

Marco Polo aprendió el idioma tártaro, y eso le procuró mando y responsabilidad: fue comisario del gobierno imperial chino en la capital; agente y embajador en la lejana provincia confin a Birmania; gobernador de una gran región marítima. Luego de haber recorrido buena parte de la inmensa China, los tres venecianos sintieron las voces del corazón que los llamaba al camino de retorno, y dejaron, en el año 1292, el puerto chino de Zaiton, y por Sumatra y Giava a la India y Persia, llegaron finalmente al emporio marítimo de Trebisonda, sobre el mar Negro, de donde volvieron a Venecia en el año 1295.

Eran tres hombres extrañamente vestidos, irreconocibles, hablando un lenguaje incomprensible, cargados de riquezas y de conocimientos, que contemplaban la ciudad después de 24 años de ausencia. La maravillosa aventura había terminado. Un mundo apenas entrevisto volvía a enhebrarse con la leyenda, y mucha gente no daba siquiera fe a nada de cuanto los tres Polo narraban sobre el Oriente alcanzado.

También Marco, hombre entonces de cuarenta años, penetró en la sombra: no se sabe de él sino que vivía aún en el año 1323, y que después de haber combatido por su ciudad contra Génova, fue hecho prisionero dictándole en la prisión sus memorias a un compañero de infortunio: Rusticiano de Pisa.

No obstante, fue Marco Polo quien eternizó para la historia los conocimientos vividos, evitando que se disolvieran en la fábula. Aquellas memorias, escritas por Rusticiano en francés antiguo ("El Libro de Marco Polo, ciudadano veneciano, llamado Milion, donde se narran las maravillas del mundo") se difundieron rápidamente por toda Europa, y, alteradas, traducidas, y ampliadas, se convirtieron en una de las armas invencibles que llevaron



MARCO POLO.

a la civilización occidental a la conquista del mundo.

Marco no era un científico, ni un erudito, y si solo un mercader emprendedor, un hombre de acción; y no obstante tenía un sentido fresco y juvenil de lo maravilloso, perplejidad ante el mundo real que surgía como por encantamiento del reino de los sueños, éxtasis meditativo ante el espectáculo extraño de la naturaleza, concurrido viajero sin destino a través de tierras solitarias, encuentros con gentes y animales desconocidos, visión de ríos desmesurados, de jardines aromados, de mares luminosos. Intuitivo profundo frente a la oscura vida de misteriosos pueblos nómades y su lucha por la existencia, el dominio de tribus persas, o de hordas tártaras, no escapaba a su rudeza de hombre de Occidente, consciente de la propia

civilización milenaria, el conocimiento de que un mundo nuevo se le estaba revelando, y extensamente manifiesta con sagaces opiniones sobre problemas económicos y humanos de las tierras recorridas o gobernadas, que lo demuestran como rector de hombres, digno hijo de su república marinera.

La poesía fluida y profunda que dicta a Marco Polo la descripción de la regia fábula, de las épicas luchas, de los mares lejanos, saturados de luces y aromas, de los templos deslumbrantes de la India, de Birmania, de Siam, tiene la palpación de aquella Europa, todavía lozana, joven y exuberante, que se asomaba a su nueva historia...

Guido MANZINI.

(Florenia, 1954). Traducción de E. A. (Especial para EL DIA).



Sinceramente... su

CUTIS SECO ¿comienza a notarse?

Obsérvese detenidamente ante el espejo: ¿descubre en ciertas zonas de su rostro, líneas, asperezas, pispaduras?... Es natural, amiga: después de los 25, las glándulas encargadas de lubricar la piel comienzan a mostrarse perezosas, su secreción de aceites disminuye — o casi desaparece — y la piel, reseca, ¡sufrir las consecuencias!

Cómo ayudar a su cutis seco? Simplemente, reemplazando esos aceites por sustancias similares, que realicen idéntico trabajo: defender la piel contra los agentes externos y mantener su elasticidad juvenil. Para ello Crema Pond's "S" — especialmente creada para cutis seco — resulta insuperable: 1° contiene lanolina, sustancia muy semejante a los aceites naturales de la piel; 2° está enriquecida con una especial emulsión suavizante, y 3° esta homogeneizada para el total aprovechamiento de sus benéficos ingredientes. Adquiera hoy su pote de Crema Pond's "S", y úsela así:

Al acostarse: Después de la limpieza profunda con Crema Pond's "C", aplique abundante Crema Pond's "S" sobre la cara y el cuello, dejándola — si es posible — toda la noche.

Durante el día: Extienda una fina capa de Crema Pond's "S" sobre el rostro... Su cutis, protegido contra la sequedad, recobrará ¡muy pronto! su encantadora tersura.



Final del Campeonato Interno de Volley-ball, en Paso de los Toros.

Don Juan II, señor de un territorio metropolitano de menos de 100.000 Kms. cuadrados, había sabido en 1488 que el estandarte quinado — expresión emblemática de su casa y jalón airoso de su pasión conquistadora — se había distendido bajo cielos nuevos, en la inquietante soledad de los océanos Índico y Atlántico meridional, prometiéndole el señorío de las Indias del Preste Juan y la de las especias. Y Fernando e Isabel que habían enlazado las coronas de Aragón y Castilla entre prones religiosos y estampidos de mosquertería, tendiendo el lecho nupcial junto a los muros de Loja, Málaga y Granada dominados por la morería ultrajante de su intransigencia religiosa, sabían en abril de 1493 que el Almirante de la Mar Océano, navegando hacia occidente, había alcanzado un mundo tan desconocido por decenas de años, en su integridad y características, como cuando el asombrado piloto entreviera la playa de Guanahani en la penumbra obsesional del amanecer del viernes 12 de octubre.

Para efectuar la demarcación de las líneas divisorias en cada caso, vienen de Europa comisarios regios, geógrafos y astrónomos; sacerdotes e "instrumentarios". Las comisiones encargadas de establecer y caracterizar la "raya" limítrofe establecida por San Ildefonso, se reúnen en las soleadas y silentes tierras americanas, hombres de la talla de Félix de Azara, Andrés de Oyarbide, José Varela y Ulloa, José María Cabrer, entre los españoles; y el coronel de ingenieros Francisco Juan Roscio, José de Saldanha y Alejandro Eloy Portelli, entre los portugueses. A ellos correspondía la impropia tarea de explorar y relevar para su oportuna expresión cartográfica, los elementos geográficos determinantes del límite fronterizo; fijar los hitos demarcadores y calcular las coordenadas de los puntos principales comprendidos entre la desembocadura atlántica de Chuy, en el arenoso litoral rochense, y las tropicales

A hand-drawn map of Uruguay, oriented with North at the top. The map is drawn on a background of diagonal hatching. Key features include:

- Rivers:** Rio Uruguay (bordering the west), Rio Negro (flowing north-south in the center), Rio Yi (flowing north-south in the south), Rio de la Plata (at the bottom), Rio Cuareim (flowing north-south in the north), Rio Ibicu (flowing north-south in the north), Rio Jaco (flowing north-south in the northeast), Rio Bara (flowing north-south in the northeast), Rio de los Patos (flowing north-south in the northeast), Rio Grande del Sur (in the far northeast), and Rio de la Piedra (flowing north-south in the center-east).
- Lakes:** Lago de los Patos (in the northeast), Lago de la Piedra (in the center-east), and Lago de Montevideo (in the south).
- Coastline:** The Atlantic Ocean (Océano Atlántico) is labeled along the eastern coast.
- Other Labels:** Misiones Orientales (in the north), Buenos Aires (in the southwest), and Montevideo (in the south).

Previo tales dificultades, esta primera división fué subdividida en dos partes, debiendo marchar la primera por las tierras altas de la Cuchilla General que divide las vertientes de los ríos Uruguay y Yacui, hasta alcanzar la boca del nombrado Pepiri-guazú. Entre los componentes de esta primera partida de la 1ª División, hallábase en calidad de geógrafo, el 2º Piloto de la Armada, don Joaquín Gundín, natural de la Villa de San Pedro de Melid, del Obispado de Mondonedo, Galicia, quien, cuando se opera la reunión de las comisiones mixtas, contaba 38 años de edad, habiendo nacido el 1º de enero de 1746 y partido de las aguas metropolitanas para las de América en agosto de 1774. No volvería a su patria hasta el día de Reyes de 1823, luego de haber fugado

De todos estos laboriosos trabajos científicos, cumplidos en medio de múltiples dificultades y de sacrificios que llegaron casi al de la vida, formó Gundín un "Diario", tanto por estarle así ordenado, como por necesitarle para probanza de su actuación pública. De la misma manera que formaron los suyos José María Cabrer

H. MARTINEZ MONTERO
(Especial para EL CIA).



Fiesta de clausura realizada con la finalización de las clases de natación en el Club Recreativo y de Pesca "La Correntada" de Paso de los Toros.



OCTAVIO DE LOS CAMPOS. — San Severino.



AMALIA NIETO. — Calle "De Bagnaux".



PARIS VISTO POR LOS PINTORES

El Siglo XIX asistió al cambio de ubicación del centro de la actividad artística mundial que hasta entonces hubo de estar en Roma y que, a partir de la etapa del romanticismo había de pasar a París. Pero, a su vez, la ciudad de París se planteó como problema pictórico y resultó tema de apasionante interés. La urbe daba un nuevo acento a la vida humana; ésta adquiría en ella un ritmo desusado y de auténtica contemporaneidad. El pintor abandonó los bosques, las campiñas y los jardines y ubicó su tela en los bulevares, en las orillas del Sena, frente a los monumentos y las callejas.

El naturalismo había desembocado inelu-

dablemente y con el apoyo de los adelantos científicos en el impresionismo. Y aquella acentuada objetividad de sus antecesores se tiñó, de inmediato, y como contrapartida, de un sensible toque romántico. El milagro de la luz, recién resuelto como problema cromático tendía a un escapismo emocional que la bruma plateada de la ciudad hacía más intenso. Por otra parte, el pintor bohemio, negado y escarnecido, atrapado por la ciudad que lo había atraído irresistiblemente, tenía en ella la multiplicidad de modelos gratuitos que requería. Parques, bosques, grandes vías atestadas de carruajes y de gente o solitarias, cafetines, y el Sena inagotable, con sus puen-

tes, con sus reflejos, con los "quais" y con los refugios de paseos dominicales; todo ello constituía asunto destacable. Hacia varios años que venía proclamándose a la naturaleza como la gran maestra del pintor y había habido algunos autodidactas que triunfaron imponiéndose a la opinión crítica y al interés de los marchands. Y cuando el empuje impresionista decayó, los pintores montmartroises y una serie inagotable de artistas y pseudo artistas callejeros siguieron y siguen alimentándose de esa cantera de explotación que la versátil y apasionante ciudad presentaba, en tanto que construían sus cuadros con lo aprendido, aprendían mientras pintaban, observa-

ban y recibían consejos, o simplemente se limitaban a la aventura de un acierto casual.

Montmartre, particularmente, los ve brotar, alrededor del Sacré Coeur, por docenas. Pero no es extraño, tampoco, advertirlos al lado de un guardia del orden público, en alguna intersección de avenidas, en pinceladas en ristre, mirada atenta, caballete enfrente y totalmente ajenos al espectáculo que constituyen. Hay, además, en ellos una preocupación existista; se exponen trabajando y exponen el resultado de sus trabajos, en la vía pública —cuando, por su puesto, ocupan lugar menos arriesgado que el de un cruce de tránsito vehicular— y



BRENDA LISSARDY. — Montmartre.



CARMELO DE ARZADUM. — Los puentes.



SAINT ROMAIN. — El puente Sully.

NACIONALES

...tanto que son sus propios *marchands*,
...a quien los descubra, pues eso ya
...otro vez y puede volver a pasar.
...en los pintores que fueron, en su
...de avanzada temática, la temática
...ciudadana era un pretexto inevitable para
...la revolución que estaban cons-
...en los otros, rápidamente el te-
...de ser un pretexto, perdió su con-
...mediatriz para imponerse como fun-
...y base de la aventura pictórica.
...que alcanzó —antes de la lamen-
...mercantilización de su producto en
...que es el resultado de los últimos
...posición rectora de esta actitud. lo-
...el justificado éxito de hace treinta

años porque en su acentuado amor por el tema que desarrollaba, fijó el misterio que el mismo contenía. Amar a París es, también, amar los rincones más insospechables de la ciudad; y no resulta difícil. Pero descubrir por qué ese amor apasionado se sostiene, en contra de la lógica, a pesar de los reparos que las cosas que constituyen a París merecen, eso es adentrarse en lo inabismable. Y algunos pintores —como el Utrillo de hace muchos años— supieron llegar hasta allí. Otra vez el tema se escapó de lo descriptivo o del ejercicio técnico que permitía; y acentuando en el asunto objetivo, esos artistas supieron calar más hondo y decir, con su pintura, el eterno



RICARDO AGUERRE. — Iglesia de San Severino.

encanto de la ciudad. Otras, en cambio, quedaron en la simple exteriorización de lo observado; su fracaso radica en haber adoptado una posición neutra y sin ambiciones.

Pero el amor a París no es asunto de los parisenses ni tampoco, solo, de los franceses. El extranjero que logra romper la aparente hostilidad que toda ciudad extraña presenta, que sobrepasa la observación de las cosas, que vive en París y que, inconscientemente, lo hace suyo, ese también sufre el deslumbramiento. Y si es pintor, difícilmente dejará pasar la oportunidad de apresar algún aspecto callejero, que fije el testimonio de esa devoción. La actitud, como puede observarse, es, siempre, romántica. Salvo que provenga del propósito predispuesto de pintar a París o de un encantamiento, también prefijado, a la manera del turista obediente.

Pero es muy difícil que el pintor extranjero —particularmente si es sudamericano— anule la timidez, destruya su temor al ridículo y traslade el taller a la calle. Más corriente es que tome algún asunto que luego desarrollará, en tanto alimenta la nostalgia y acucia su sentimentalidad natural.

o

La Galería Caviglia inicia un extenso plan de exposiciones con un conjunto de óleos que engloba bajo el título general de "París visto por los pintores nacionales" y que reúne obras de Ricardo Aguerre, Carmelo de Arzadum, Zoma Baitler, Norberto Berdía, José Cúneo, Octavio de los Campos, Dante Ferrer Saravia, María Rosa de Ferrari, Brenda Lissardv, Amalia Nieto, J. A. Saint Romain y Julio Verdié. Son obras fechadas desde 1911 al año que corre. Es la muestra de la experiencia habida por un grupo de artistas nacionales que habiendo estado en París, lo adoptaron como tema de sus cuadros. La mayor parte de las telas denuncian concretamente que son resultado de la labor más meditada, con la base de un acunte del natural, y resueltas después del viaje.

No caen, por supuesto, en la descripción menuda y buscan, conscientemente, desarrollar el tema en su enfoque personal. La experiencia tiene un evidente grado de interés. Perdida la razón documental que la pintura hubo de tener en otros tiempos el tema París debe constituirse otra vez en el vehículo de un mensaje estético. Pero, a diferencia de otros asuntos que no se imponen por su índole característica al artista, este de París mantiene su individualización imperativa a la par que obliga a una fecunda sentimentalidad. El problema, entonces, resulta riesgoso. Si el artista quiere escaparse de fijar, apresuradamente o no, sus impresiones visuales, si ha superado esa etapa de mero espectador facultado para traducirse en pintura, si no es el simple turista con oficio, las primeras dificultades las encontrará en el tema que adopta y que, por su naturaleza y por la evocación que encierra, se le impone.

Si busca adentrarse con mayor intensidad en la esencia de una ciudad difícilmente conocida, tendrá, en su contra los legítimos antecedentes de los buenos pintores de París, cuyas maneras de tratamiento pictórico fijan precedentes inevitables. La solución del problema se hace, entonces, personal, como ya adelantamos. Y, en la experiencia, las calidades propias se evidencian.

La serie expuesta en Caviglia muestra esa diversidad imperativa de enfoques. Algunos pintores nacionales proponen, de tal manera, un nuevo desarrollo de un problema pictórico que pareciera agotado. La exposición no demuestra la validez de ese desarrollo como capítulo destacado de un proceso artístico. Pero permite la observación de algunas telas que superan las dificultades inherentes al planteo que presentan, alcanzan un grado superior al de la mera corrección, aun cuando no lleguen a establecerse en un plano definitivo.

F.G.E.

(Especial para EL DIA).



JOSE CUNEO. — Luxemburgo.



1. "El ramo que de los cuatro Libros de Amadis de Gaula sale, llamado las Sergas del Muy Estorzado Cavallero Esplandián", de García Ordóñez de Montalvo, edición de 1588. — 2. "Crónica de los muy valientes y esforzados invencibles caballeros Florisel de Niquea, y el fuerte Anaxartes, hijos de Amadis de Grecia". Edición Príncipe, 1532, en Valladolid, de Feliciano de Silva. — 3. Las aventuras de Palmerín de Oliva tienen continuación en el "Primaleón", de Francisco Delicado, cuya edición 1580 muestra la nota.

TODOS los climas son propicios para el ejercicio de la aventura. Toda la tierra es escenario apropiado. Lo que hace falta es la chispa emocional, el estado de ánimo, el aprendizaje de la voluntad. Aparentemente, la marcha de las cosas políticas, la moral declinante de los Estados, inducirían a creer que ya no son los que vivimos tiempos de ese ideal tan desprestigiado —según los filisteos— que llamamos quijotismo. Pero lo cierto es que, sin el acicate de la aventura, el hombre perdería su entidad histórica. Podemos afirmar que somos en cuanto soñamos y que la historia es un deseo permanente de convertir los sueños en realidad. El más trascendental de los realismos, a la vez que

DON QUIJOTE EN MONTEVIDEO

el modo más real de soñar, de configurar nuestra aventura al ideal de vida perdurable.

En esta devoción a Nuestro Señor Don Quijote, Montevideo posee un recinto cordial. Nos referimos a la "Biblioteca Cervantista Amelia Ma ty de Firpo", que viene sosteniendo el escribano Orlando Firpo. No es una biblioteca cervantista más; libros alineados que salen a las exposiciones para la conquista de medallas. Es un lugar en el que los libros de Cervantes y sobre Cervantes hacen vela de alma para

la aventura. El origen de esa biblioteca tiene sabor de Dulcinea que no acaba de desencantarse. El dolor por la amada ausente va cristalizando en deseo entrañable para desentañar los misterios de la inmortalidad. Aquí puede afirmarse que la muerte se ha hecho llama viva de aventura espiritual, en el símbolo del alma femenina.

La Biblioteca Cervantista "Amelia Ma ty de Firpo" tiene un contenido especial que la hace acreedora al calificativo de quijotesca. Su fundador y dueño se halla ahora en la aventura de organizar la Biblioteca de Don Quijote. Partiendo del prólogo a la primera parte del Quijote —que el Sr. Firpo califica de maravilla de ejecución—, y "Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron de la librería de nuestro ingenioso hidalgo", ha tomado nota de los libros que hicieron hervir la cabeza del Gran Manchego, y por los caminos del mundo ha buscado textos de la época para reconstruir la biblioteca del padre de la aventura.

Es sorprendente la emoción con que el Sr. Firpo habla y muestra los libros ya conseguidos. Sus manos ansionan los volúmenes con pulsación religiosa. "¿No es maravilloso —dice—, podamos sentir la emoción de leer un libro que pudo tener en sus manos Cervantes, y lo más sorprendente, en manos de Don Quijote? Pues es imposible que la entidad más real de todos los tiempos no haya sido también una realidad humana, de carne y hueso."

Estas palabras nos introducen en una atmósfera de libro de caballería. El encarnizado deseo de hacer realidad el ideal fué divisa caballerescas. No todo eran fantasmas, ni ideas descabelladas ni darle vueltas a la "razón de la sinrazón que a mi razón se hace", sino un ideal concreto de conducirnos, de salir de los dogmas abs-

tractos, e ando con la fantasía un nuevo mundo de realidades soñadas que paulatinamente adquirirían transparencia recreadora. El hombre se liberaba por la fantasía, y esta misma lo conducía a las justas, duelos y entereños por la conquista del ideal. Estos libros que el escribano Firpo va acariciando son testimonios de ese afán que brotó en el seno de la Edad Media, convertido en símbolos que nuestro criticismo de hoy halla ridículos, pero que cumplieron una misión histórica tan importante como esta: conseguir que el racionalismo renacentista no perdiera contacto con el misterio. Un ideal que permanece vivo precisamente en el libro que, por paradoja, su autor le impuso la tarea de acabar con los libros de caballerías, con palabras no menos paradoxales que ponen fin a su obra: "pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías que por las de mi verdadero Don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna". (El subrayado es nuestro).

Consultando catálogos, escribiendo a bibliófilos, el Sr. Firpo ha logrado reunir muchos volúmenes editados en el siglo XVI, en los que campea la historia aventurera de los Amadis de Gaula, los Olivante de Laura, los Esplandián y cuantas criaturas de la fantasía vivieron en aquel siglo de fe promisorio en la renovación de valores espirituales. Y pulamos un ejemplar con orencia de siglos. Nada menos que la "Philographia Universal de todo el Mundo", 1584, del sefardita español León Hebreo, exoulsado de España por el mismo espíritu cainita implantado por el franquismo. De él dice Cervantes en su prólogo: "Si tratáreis de amores, con dos onzas que sepáis de la lengua toscana topáreis con León Hebreo, que os hincha las medidas."



"Los Siete Libros de la Diana", primer tomo de Jorge de Montemayor, el segundo de Alonso Pérez, edición 1585. — 2. "Jardin de Flores Curiosas", de Antonio de Torquemada, edición de 1577. — 3. "Primera Parte de la 'Angélica'", de Luis Barahona de Soto, 1586. — 4. "Orlando Furioso", de Ariosto, edición 1575. — 5. Ejemplar de la Sexta edición del Quijote, Valencia, 1605.

¿Este? Nada menos que una edición de la "Crónica llamada el Triunfo de los nueve más preciados de la Fama", corregida por López de Hoyos, maestro de Cervantes, y de la que Don Quijote dijo su diálogo con el labrador: "Yo sé que soy — espondió don Quijote — y se puede ser no sólo los que he dicho, todos los doce de Francia y aún todos los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mías."

Y ya en pleno escrutinio y expurgación de textos entre cura y barbero, nos muestra otro ejemplar, edición 1588: "El ramo de los quatro Libros de Amadis de Gaula sale, llamado las Sergas del Muy esforzado Cavallero Esplandián", de Garcilópez de Montalvo. ¿Le salvará de la pena ser hijo de tal padre? "Pues en la verdad — dijo el cura —, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre. Tomad, señora, ama, abrid esa ventana y echadlo al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer."

¿Cuán poco han cambiado los tiempos! Esa misma condena de hoguera para libros la siguen practicando los inquisidores de Franco en España y McCharty en Estados Unidos, con menos espíritu selectivo que el cura y el barbero.

Pero, ¡tate! Aquí está el libro de cabecera de Don Quijote. Una edición príncipe, 1532, de "La Crónica de los Muy Valientes y Esforzados Invencibles Cavalleros Florisel de Niquea y el Fuerte Anaxartes, Hijos de Amadis de Grecia", de Feliciano de Silva. Don Quijote amaba en este libro "la claridad de su prosa" y sobre todo "aquellos requiebros y cartas de desafío, donde en muchas partes hallaba escrito: 'La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra hermosura'."

Don Quijote, lector afiebrado de libros de caballería, lo era igualmente de poesía. El cura, después de exaltar "Tirante el Blanco", tropieza con la sección poética de la librería del Manchego. Estamos contemplando dos pequeños tomos de "Los siete Libros de la Diana", de Jorge de Montemayor, cuya segunda parte compuso Alonso Pérez, edición de 1585. Y dijo el cura: "Estos no deben ser quemados como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho: que son libros de entendimiento, sin perjuicio de tercero". Y se salvó, pero atendiendo parecer de la sobrina, acordaron quitarle "todo aquello que trata de la sabia Felicia y del agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quedesele enhorabuena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros".

Y van desfilando el "Jardín de Flores Curiosas", de Antonio de Torquemada, edición 1577, del que el cura sólo supo decir que "irá al corral por disparatado y arrogante". Y "Las lágrimas de Angélica", edición 1586, de Luis Barahona, salvado milagrosamente, exclamando el cura: "Llorárasla yo — dijo el cura en oyendo el nombre — si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fue uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fue felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio". Y una edición de "Orlando Furioso", de Ariosto, año 1575, y sentenció el cura: "si habla en otra lengua



Los aspectos "del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron de la librería de nuestro ingenioso hidalgo", según el dibujante español Daniel Urrabieta Vierge, en la edición norteamericana del Quijote, Nueva York, Charles Scribner's Sons.

que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, lo pondré sobre mi cabeza". Y luego su filípica contra los traductores de libros de versos.

Admirable sorpresa la de ahora. El señor Firpo nos muestra un ejemplar del "Libro del Famoso Cavallero Palmerín de Oliva", edición 1580, del que dijo el cura: "Esa Oliva se haga luego rajas y se quemé, que aún no queden de ella las cenizas". Y mientras contemplamos el libro comenta el Sr. Firpo:

—¿Por qué este ejemplar no ha de ser el que leía Don Quijote y condenó el cura a la hoguera? Fíjese usted el testimonio de sus hojas reconstruidas, prueba de que se le hizo rajas. Ha llegado a mí con presencia del famoso escrutinio. ¿Cómo escaparía de la hoguera? Siempre hay almas piadosas, también interesadas, que en el último momento lo barrierán entre tizones, chamuscado, con hojas deterioradas que luego reconstruyeron algún calígrafo por encargo de bibliófilo.

Repasan ya los venerables libros en su estante. El Sr. Firpo habla de sus joyas con fevor de enamorado. No es un bibliófilo coleccionador de libros: es un poeta del libro. Incluso nos dice de su turbación cuando trata de adquirir algún ejemplar de esta biblioteca de Don Quijote, buscando primeramente la posibilidad de adquirirlo sin mediación monetaria, cosa muy difícil. Gracias a su esfuerzo, la divina locura del Hidalgo tiene un monumento venturoso en Montevideo. Un monu-

mento cuya construcción se hace con ese algo de fe en el desencantamiento de los símbolos que movía a Sancho el bueno, también con la parte de esa locura de no morir que Unamuno señala en la arquitectura espiritual del inmortal héroe, y con la permanencia de la tensión quijotesca que Ortega y Gasset subraya en sus meditacio-

nes. Y algo, y aún algo y muchos, se necesita para llevar a cabo la formación de una biblioteca de libros que fueron la tortura y el deleite de Don Quijote, con tan prodigiosa locura que ha dejado bastante para que el hombre pueda seguir soñando.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

(Especial para EL DIA).



De izquierda a derecha: 1. "Philographia Universal de Todo el Mundo", de León Hebreo, edición española de 1584. —2. "Crónica llamada el Triunfo de los nueve más preciados de la Fama", corregida por López de Hoyos, maestro de Cervantes, edición de 1587. —3. Ejemplar del "Libro del Famoso Cavallero Palmerín de Oliva", edición de 1580.



La fotografía nos muestra dos páginas del "Palmerín de Oliva", reconstruida una en parte, y totalmente otra, que demostraría fue el ejemplar que figuraba en la librería de Don Quijote, libro al que condenaron a la hoguera cura y barbero en su célebre escrutinio.



El Maestro López de Hoyos, que lo fue de Cervantes, recomienda al rey la obra "Los Nueve de la Fama", traducida del portugués.



INFORMACION LOCAL

Homenaje al Dr. Alfonso Giampietro por haber obtenido su título de Profesor Agregado; demostración ofrecida por el personal técnico de la clínica del profesor Crotogini.

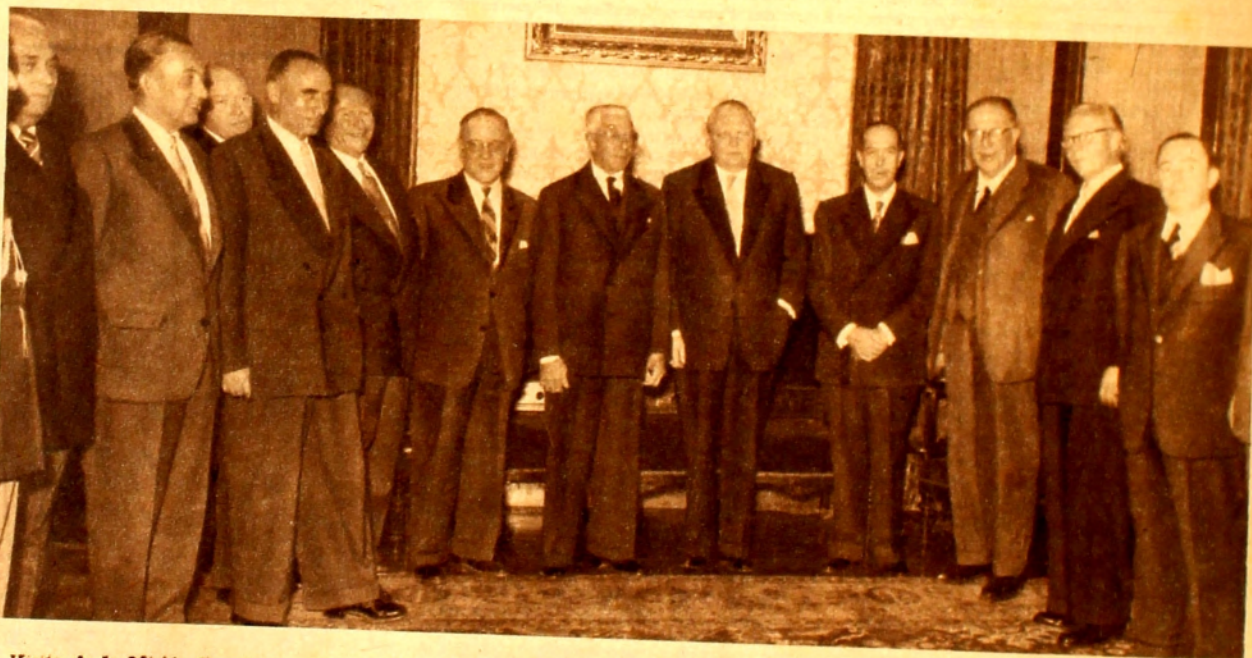


ATILIO NARANCIO
NOBLE SIN ALTERNATIVAS:
JUSTO HASTA LA PASIÓN:
ALTRUISTA SIN REMORDIMIENTOS:
Y FORJADOR DE VICTORIAS INMORTALES.
NUNCA SERÁ OLVIDADO!
ASOCIACIÓN URUGUAYA DE FOOTBALL
1954

Plaqueta a la memoria del doctor Atilio Narancio, colocada en el frente del palco oficial del Estadio Centenario.



Homenaje a Juana de Ibarbouro por destacados intelectuales a nuestra poetisa compatriota, con motivo de la aparición de su nuevo libro de poemas "Azor".



Visita de la Misión Económica de la República Federal Alemana, presidida por el doctor Erhard, al Consejo Nal. de Gobierno.



Sra. CLARA AICARDI DE AICARDI de cuyo lamentado fallecimiento se cumple hoy un año.



Un grupo de gauchos participantes en las jineteadas realizadas en el Prado, durante la Semana Criolla, visitaron EL DIA a su llegada a Montevideo.



Lucida demostración realizada por el personal del Cuerpo de Bomberos el día de la celebración del 66º aniversario de la fundación del meritorio instituto. Una vista del predio en la Rambla Francia, donde se realizaron los actos, pudiéndose advertir la multitud que los presenciaba.



Actos diversos de las demostraciones de capacidad realizadas por el personal del Cuerpo de Bomberos, durante el espectáculo con el que conmemoró la fecha aniversario de su fundación.



El profesor Mendoza Otamendi ha realizado la curiosa experiencia de producir "luvia artificial" por un nuevo sistema electrónico, asistido en su experimentación por meteorólogos, profesores del Instituto de Estudios Superiores y la Fuerza Aérea Nacional que puso a su disposición un avión bimotor, habiéndose obtenido un resultado muy estimulante, y sobre el que la edición diaria ha procurado amplia información. La gráfica de esta página recoge algunos instantes de los preparativos de la expedición.

El profesor Mendoza Otamendi ha realizado la curiosa experiencia de producir "luvia artificial" por un nuevo sistema electrónico, asistido en su experimentación por meteorólogos, profesores del Instituto de Estudios Superiores y la Fuerza Aérea Nacional que puso a su disposición un avión bimotor, habiéndose obtenido un resultado muy estimulante, y sobre el que la edición diaria ha procurado amplia información. La gráfica de esta página recoge algunos instantes de los preparativos de la expedición.

El profesor Mendoza Otamendi ha realizado la curiosa experiencia de producir "luvia artificial" por un nuevo sistema electrónico, asistido en su experimentación por meteorólogos, profesores del Instituto de Estudios Superiores y la Fuerza Aérea Nacional que puso a su disposición un avión bimotor, habiéndose obtenido un resultado muy estimulante, y sobre el que la edición diaria ha procurado amplia información. La gráfica de esta página recoge algunos instantes de los preparativos de la expedición.





Escena nocturna alrededor de una cocina india formada con piedras.

La flora indígena del Uruguay aunque abundante, fue aprovechada sólo en parte por sus primitivos habitantes, desconociendo gran variedad de vegetales de inapreciable utilidad alimenticia y terapéutica.

Disfrutaron en cambio más de la variada y rica fauna. De los ñandúes, perdices, patos, chajáes y palomas aprovechaban la carne, y de otras aves, las plumas que les servían para adornarse. De la caza mayor, puede citarse ciervos, venados, y otros animales que después de extraída la piel, para otros usos, comían la carne asándola, la que ensartaban en un palo que se colocaba clavado en el suelo junto al fuego.

Las márgenes de los ríos y arroyos estaban cubiertas de una vegetación de regular talla que les propiciaba abundante leña, la que encendían por recalentamiento, frotando un trozo de madera dura contra otro blando o haciendo girar entre las palmas de sus manos un madero cilíndrico apoyado éste en un hoyuelo formado en una piedra o en un madero y en el cual ponían hojarasca triturada las que chamuscadas y con un ligero golpe de aire, soplando, hacían fuego. Otros golpeaban pedernales y con la chispa que de ellos escapaba encendían igualmente hojas secas, obteniendo así la llama necesaria para sus hogueras.

Armaban el fuego dentro de tres o cuatro piedras lo bastante grandes y con la altura necesaria para apoyar sus codos. Aún se hallan en ciertos lugares estas muestras de cocidas indias, con fragmentos de alfarería, huesos de distintos animales, valvas, etc., todos elementos de que se sirvió para vivir.

Eran sumamente fuertes, resistían el hambre y la sed. Aunque a veces tenían en abundancia, cuando se hallaban lejos de ella recurrían a alguna fruta silvestre o

a raíces de algunas plantas que les aliviaba la sed. Gustaban algunos, tomar la sangre de ciervo, chupándola directamente de un corte que efectuaban en el cuello del animal. Gran parte de su vida la dedicaban a la caza y a la pesca, empleando

LOS CHARRUAS ALIMENTOS Y REFUGIOS

para ello su destreza en el uso de flechas u otros métodos surgidos de su imaginación, como ser: redes de rudimentaria confección y trampas de lianas vegetales. Los "chanás" se habían reducido en la isla del Vizcaino y sus alrededores, donde vivieron muchos años, por tal causa se vieron en la necesidad de transformarse en buenos pescadores recogiendo en los ríos Uruguay y Negro infinidad de peces de diversas calidades, constituyendo uno de sus mejores alimentos. Para comerlos los asaban. En cambio los "charrúas", con más campo de acción pescaban menos pero cazaban gran cantidad de animales, estaban siempre en acecho para cualquier eventualidad, dispuestos a luchar cuerpo a cuerpo con pumas y yaguaretés, si así les tocaba en suerte.

En la Bahía de la ciudad de Colonia (R. O. del U.) se hallaron unas piezas de barro y conchillas trituradas, cocidas, de forma ovoides con un agujero de suspensión que no pasan del tamaño de una mano, cuyo fin no pudo haber sido otro que el de pesas para redes. Es posible que esta práctica la hubieran de los "querandies" vecinos de la otra banda del río, con quienes tenían contacto a través del río Uruguay.

No fueron agricultores, desconocieron en absoluto esta práctica. Parece que los "charrúas" y demás parcialidades no conocieron narcóticos, ignorando también el uso de

la sal. Supieron saborear la miel pura o mezclada con agua, resultando en esta forma una agradable hidromiel, especie de "chicha".

La presencia de material lítico con hoyuelos, precisamente en las zonas de palmares, dice claramente que sirvieron para romper coquitos y comer el fruto.

Los utensilios de barro hallados nos revelan que en su cocina usaron líquidos calientes y que para ingerirlos usaban vasijas más pequeñas.

No domesticaron animales ni los guardaban en corrales, tan sólo perros salvajes llegaron a sus tolderías para acompañar al indio y saber de su amistad. Ningún indígena del Uruguay fué antropófago, pues las tierras en que vivían les suministró suficientes elementos nutritivos. Algunos huesos humanos que se han descubierto en los túmulos o en urnas funerarias y que denotan alguna incisión, pueden atribuirse éstas, a marcas de fuertes lanzas recibidos en las luchas, o tratarse de huesos que han sido descarnados para su enterratorio, produciéndose las fisuras lógicas, con los rudimentarios instrumentos que usaban como raspadores, cuchillos de piedra, etc.

Conocieron el tabaco y el mate, obtenidos por trueque con las parcialidades de los "tupí-guaraníes", lo mismo que más tarde, cuando fue introducido el ganado en sus tierras por los europeos, la carne de potro les delitaba. La yerba mate era colocada en una calabaza grande o recipiente alfarero, con un poco de agua caliente, luego lo pasaban de "mano en mano" y cada uno absorbía una porción de esa mixtura la que masticaban hasta que quedaba exprimida y sin gusto. Algunos usaron bom-

bían enterrado algún miembro de su tribu. Es posible que hayan hecho uso de las cuevas de formación natural, en forma accidental. El indio encontró su mejor abrigo en los tupidos y acogedores matorrales, arbolados en invierno y sombríos en verano.

Colocando troncos y ramas formaban refugios que cubrían con pieles de animales las que unían con tientos mediante agujas de huesos. Estas malas tolderías solían tener un largo de dos metros más o menos y una altura que oscilaba alrededor de los noventa centímetros, lo que quiere decir que para penetrar debían hacerlo en cuclillas. Algunos historiadores dicen haber visto tiendas formadas con esteras de junco en todos sus lados. No poseían nada que pudiera parecer a un enser o efecto. Los utensilios en que guardaban sus alimentos o líquidos se apoyaban simplemente en el suelo. Los "Chanás", más adelantados en la fabricación alfa era, solían colgar algunos recipientes de las ramas de los arbustos o estacas, pues para ello las hacían con agujeros de suspensión o con un borde hacia el exterior por debajo del cual se ceñía la rienda para colgarlo.

Usaban para leño, pasto seco que cubrían con pieles de yaguaretés, pumas, ciervos, carpinchos, zorros y otros animales. Las pieles de algunos reptiles también las usaban para ceñirlas a las chozas. Su posición para descansar era enteramente horizontal. Algunos colocaban entre dos estacas o troncos de árboles una especie de hamaca hecha de fibras vegetales y tientos que les servían para descansar, no siendo esto cosa muy común. Cada toldería contaba entre diez y doce familias y en cada choza descendían unas diez personas además de algunos perros que les acompañaban. Hubieron en América varios tipos de cánidos salvajes que vagaban por los campos y que en contacto con las poblaciones indígenas se adaptaron al nuevo ambiente terminando por domesticarse. Los españoles les trajeron también perros domesticados de Europa que se reprodujeron en gran cantidad y que pronto se diseminaron por nuestro territorio.

Cuando el ganado fué extendiéndose en nuestro suelo y estuvo, al alcance del indio, éste también comió su sabrosa carne y su piel la usó para abrigo y protección de las tolderías.

Para movilizarse en tierra no conocieron ningún medio, sus cuerpos recios servían para cargar los elementos que eran usados por la tribu cuando cambiaban de lugar; en cambio los "chanás" se sirvieron de los árboles de gran tamaño para hacer con sus troncos canoas que tenían capacidad para varios individuos, quienes las hacían deslizar mediante remos cortos y chatos, no apartándose mucho de las riberas. En las costas de los ríos Paraná, Uruguay y Negro, se encontraron canoas de cedro y timbó de diez y seis metros más o menos de largo por ochenta centímetros de ancho. Estas canoas se construían toscamente utilizando bahías de piedra y anclando fueras a la cavidad que se iba labrando, hasta dejar la base necesaria que hacía las veces de quilla, bastante equilibrada para la navegabilidad.

Rodolfo MARUCA SOSA.

Dibujos del autor.
Especial para EL DIA.

Nuevos modelos Clarion
con los últimos adelantos técnicos

Model 823
Model 819
Model 523

Conte en Clarion RADIO S.C. IMPORTACION

COMERCIALES
Clarion SE VENDE SOLO
Distribuidor a Sección Ventas por Mayor

Visítenos CONVENCIÓN 1280 o llámenos al 8.85.83
y un empleado nuestro le hará una demostración



Refugios formados con pieles de animales colocadas sobre estacas.



por EDGAR RICE BURROUGHS

A PESAR DE QUE LA MAGIA DE CIRCO HABÍA HIPNOTIZADO A LOS NATIVOS, TARZÁN ANUNCIÓ ABIERTAMENTE SU DESAFÍO. "MAÑANA, ARRÚSTENLO A LOS PERROS," ORDENÓ SÁDAR CON VOZ RONCA.



DOS PERVERSOS MONGOLES CONDUJERON AL HOMBRE-MONO, GOZANDO CON ANTICIPACIÓN DEL ESPECTÁCULO DE LA MAÑANA SIGUIENTE.



AL DÍA SIGUIENTE, EL HOMBRE-MONO FUE LIGADO A UN POSTE, DESCANSANDO SU CUERPO SOBRE UNA PEQUEÑA SUPERFICIE PARA QUE NO PUDIERA MOVERSE. INSTANTANEAMENTE SE SOLTÓ UNA MANADA DE PERROS SALVAJES ENCERRADOS EN UNA JAULA. ESAS BESTIAS HAMBRIENTAS SE LANZARON INMEDIATAMENTE SOBRE SU PRESA.



LOS PERROS SALTABAN HUNDIENDO SUS AFILADOS COLMILLOS EN LAS PIERNAS DE TARZÁN. ERA LA SÁDICA TORTURA DE SÁDAR.



HASTA EN ESOS MOMENTOS, EL HOMBRE-MONO CONCIBIÓ UN PLAN ATREVIDO. "BASTA... ME DOY POR VENCIDO," GRITÓ A LOS GUARDÍAS. "RETIREN ESOS ANIMALES."



LOS MONGOLES OBEDECIERON, SOLTARON A TARZÁN Y LE CURARON LAS HERIDAS. "ME RINDO," GRITÓ FINGIENDO RESIGNACIÓN.



"¿ASÍ QUE HAS CAMBIADO DE PARECER?" GRUÑÓ SÁDAR, DENTRO DE LA TIENDA. "NO MUCHO" REPLICÓ TARZÁN CRUDAMENTE. "PERO ME UNIRÉ CON UDS... SI ME DEJÓ EN COMBATE PERSONAL."

Escuche en CX 32 todos los días de 11 a 14 horas el

MEDIODÍA DE ORO

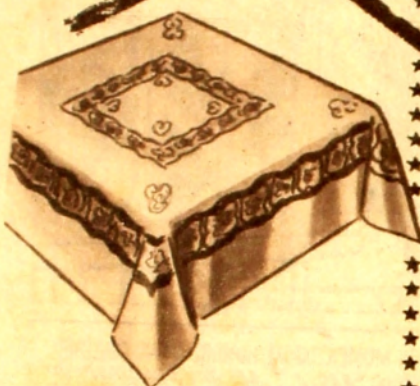
CARTELERIA DE ABRIL

Orquesta de Cuerdas de Luis Pasouet
Orquesta de Jazz de W. Oreiro
Cantante Cubana Margarita Romero
Gonzalo Barr "El Trovador del Perú"
Orquesta Típica de Juan Esteban Martínez (Pirincho)
Orquesta típica de Oscar Desándalo
Trío Folklórico de CX 32
Pedro Natal y sus Diablos de Ritmo

Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.

NUESTRA OFERTA Semanal

LE BRINDA SIEMPRE
LA MEJOR ORIENTACION
PARA UNA COMPRA PROVECHOSA



Sec. ART. para el HOGAR

CARPETAS para mesa
en granité mercerizado,
gran variedad de diseños y
colores. Medida 1.30 x 1.20

\$5.50



SECCION FANTASIAS

PAÑUELOS plisados
para cuello en seda natu-
ral, gran selección de mo-
dernos diseños y colores.

c/u

\$5.50



SECCION SEÑORAS

Excepcional oferta:
Moderno VESTIDO eje-
cutado en tela "Kashira"
de gran resultado, origi-
nal dibujo y variedad de
tonos, excelente confección
Talles 52 y 54 \$15.20, ta-
lles 44 al 50

\$14.00

SECCION TEJIDOS

ROMAIN DE LANA
tipo francés, calidad muy
suple en todos los colores,
ancho 1.40. El metro

\$6.50



SECCION NIÑOS

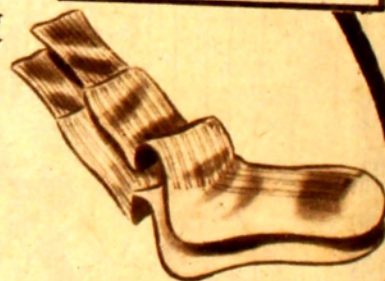
CAMISETA de niño en
excelente malla de algo-
dón interlok, de mucho
abrigo, manga larga. Ta-
lles 2 y 4

\$2.50

(Aumenta \$0.30 cada 2 talles)

CLIENTES DEL INTERIOR:
Dirijan vuestros pedidos
a nuestra Casa Matriz,
Av. Agraciada 2302 esq.
M. Sosa.

Vea en nuestras 3
casas los nuevos sur-
tidos de ARTICULOS
de PUNTO para da-
mas, caballeros y
niños.



SECCION HOMBRES

CALCETINES de algo-
dón acanalado, muy du-
rables, colores blanco, gris
y beige.

\$0.90

El par

AV. AGRACIADA 2302
AV. GAL. FLORES 2341 AV. 18 DE JULIO 1601